

(TRADUCCION DE UNA POESIA INEDITA.)

Aquella composicion tenia ripios. Acaso era la menos mala de cuantas he hecho; pero, al fin, no era buena, y yo no quiero, tierra mia, cantarte asi.

Prefiero no hacerte versos. En los dedicados a una mujer pueden pasar los ripios; mejor irian sin ellos, pero pueden pasar, es indudable: tambien ellas los tienen.

Mas en ti no acierto yo a encontrar defectos que disculpen los del elogio, ni es facil que encuentre, por lo tanto, el pincel que te copie ni el canto que te celebre.

En mi tu pasion es mania, hasta el punto de que—exagerando un celebre concepto—si no fuera montañés, creo que me daria vergüenza no serlo.

Alma triste la mia, se me agarró a tu amor infinito y constante con esa tenacidad que la niebla, que tambien es triste, se agarra a los troncos de tus laderas y a las rocas de tu costa, que tampoco cambian ni se mueven.

¿Qué es lo que tú no tienes, que haga falta ir a buscarlo a otras regiones?

¿Qué inspiracion necesitarán ir a mendigar a ellas tus poetas?

¿Qué altos ejemplos tus virtuosos?

Dios te hizo hermosa y te dió a tus hijos para alto deleite de los ojos. Mas nunca la contemplacion de tu belleza les enervó su espíritu, parándoles los brazos y atando a ella su pensamiento.

Al mostrarte fértil, no les induces al ocio; les prometes solamente que serás agradecida, que no te regarán en vano con el sudor de sus frentes.

Al ser hermosa, les mandas que te copien, que te canten, que lo digan a las gentes de otras tierras.

Al ser fuerte y nutrirles de tu savia poderosa, les pides que den empleo a esa fuerza, y que en memorables hazañas inmortalicen tu nombre y los suyos.

Se ve en tí, por no sé qué extraña adivinación, escrita la ley que advierte al hombre de que si, al contrario de los demás seres, su frente está hecha para poder levantarse al cielo, no ha de tenerla siempre alzada, como la tiene la soberbia. A él ha de elevarse a cada nuevo sol en busca de luz para la jornada del día; pero mientras la luz le dure, lo mandado es que esté humillada y hacia tierra.

Y así es que al que te mira demasiado, al que hace de tu contemplación tarea y no descansa, diríase que le castigas, regateándole tus encantos y llevándole a tristezas que nunca tienes para el que te mira a la tarde, con los ojos cansados de la labor del día.

¿Quién no ha soñado con la gloria, no con la prometida a los buenos, sino con la prometida a los sabios, con esa corona de laurel que ha de ceñir su cabeza y que las generaciones han de ir renovando al pasar, para que siempre esté húmeda y lozana, primero sobre la frente verdadera, y más tarde sobre la de mármol en que el cincel haya intentado copiarla?

¿Quién no ha soñado con la gloria?... Yo, que al ver crecer el laurel, al pie de tus montañas, he pensado que no debe arrancarse una sola rama, y que de dos inmortalidades, que no lo son, al cabo tú duras más que que el genio y sus obras.

A la mujer que me ame—si es que encuentre alguna—tengo pensado decirle que cuente con tenerte siempre de rival.

Yo la amaré mucho, pero será en la Montaña y por la Montaña.

La que empiece a encontrar importunas tus nubes, temerosos tus bosques y ásperos tus caminos, ó cansado y monótono el rumor de tus aguas, que no me escuche si la digo amores, porque nos engañó a los dos...

Gracias a que de todos modos no querrá escucharme ninguna.

Son barrera tus montañas y tus rocas de algo más que de las olas del mar y de las huestes invasoras.

No sube a inundar tus valles el sucio río de la impiedad actual, ni en tus almas ha hecho aún presa la anemia moral que al otro lado de tus montes está secando en flor los espíritus.

¡Los montañeses creen aún en Dios, y las montañesas aman todavía!

Bien hiciste en darte prisa a escribir tu nombre glorioso en las páginas de la Historia.

¿Cómo hubieras podido hacerlo hoy, cuando ya no es tu estandarte el que guía a las huestes que pelean, ni en él va pintada la cruz en que tú ponías la prenda de la victoria, cuando son las empresas que se acometen empresas de muerte, y van contra Dios y la patria, contra tus dos únicos inspiradores, contra todo lo que amabas y bendecías?

¡Qué hermosa te veo ahora, patria de mis

amores, perdido en el fondo de uno de tus valles, cuando va a ponerse uno de tus soles hermosos, y bajan a mí tus benditos aromas del monte, y toca al Ave María la más dulce y melancólica de tus campanas!

Va a ser ya el crepúsculo de la tarde, y de tu agradecido seno va a alzarse el himno con que pagas a Dios su amor infinito...

Mis postreras alabanzas serán ya calladas, voz del alma y no de los labios. ¿Qué haría mi voz sonando a par de las voces sublimes con que vas a cantarte a ti propia?

CASA-AJENA.

ENTRE BASTIDORES

EL EDITOR.

Es una rueda oculta, muy oculta; el público ni siquiera sospecha que existe; pero bien puede asegurarse que sin ella no andaría la máquina.

Los artistas sólo se acuerdan de él cuando en vísperas de salir a trabajar por provincias necesitan ejemplares gratuitos de comedias recién estrenadas; pero los autores le tienen siempre delante de los ojos, como el príncipe dinamarqués de la inmortal tragedia tenía la sombra de su padre.

No hay ninguno que escriba para el teatro a quien algún curioso no haya preguntado con interés:—¿Cómo se arregla Vd. para cobrar los derechos de representación que sus obras devengan en los teatros de provincias?

Entonces, y para satisfacer la curiosidad del interpelante, es cuando sale a plaza el modesto nombre del protagonista de este artículo: el autor contesta siempre:—Eso es cosa del editor.

—¿Y quién es ese caballero? sigue preguntando el curioso.

El autor se atusa el bigote con satisfacción, y se sonríe como diciendo:—¡Esta es la mía! ¡voy a permitirte un desahogo!—En seguida se pone a explicar detenidamente y con cierta complacencia el papel ó la función que en la vida teatral representan los editores.

Ante todo, y sobre todo, el editor es un industrial; comercia en obras dramáticas de la misma manera que lo haría en garbanzos, si le pareciese el negocio más productivo; como al empresario, no le importa un comino por el arte, y si una revista insulsa y deslabazada produce dos céntimos más que *El drama nuevo*, guardará mayores consideraciones y estimará más al picapiedro literario, surtidor inconsciente de gacetas políticas, que al mismísimo don Manuel Tamayo y Baus.

El editor, que se llama así porque adquiere, siempre a bajo precio y explotando la necesidad, y a veces la miseria del vendedor, algunas obras dramáticas, es generalmente, y con más propiedad nombrado, un administrador de los autores, á quienes rinde cuentas por trimestres.

Principia por pagar los gastos de impresión de las comedias, cuya edición entera deposita en su almacén, y concluye cobrando todo el dinero que las obras producen en Madrid, provincias, Ultramar, y naciones con quienes se haya celebrado ó se celebren en adelante —es la fórmula consagrada—tratados de propiedad intelectual.

Empecemos por Madrid: los teatros de la capital se dividen en tres categorías, y, de acuerdo con esta división, algo arbitraria, se consideran respectivamente como de primero, segundo y tercer orden. Los derechos de representación varían según la clase de teatros donde la obra se pone en escena. En los de primer orden cobra el autor, ó más propiamente, el editor en su nombre, el tanto por ciento de la entrada bruta: el diez, si la comedia tiene tres actos; el seis, si tiene dos, y el tres si no tiene más que uno: la noche del estreno y las dos siguientes los derechos son dobles, es decir, veinte, doce y seis por ciento respectivamente. De estas cantidades, que se pagan siempre á raja-tabla, como vulgarmente se dice, y sin causarle ninguna molestia, percibe el editor el dos por ciento. En los teatros de segundo y tercer orden devengan las obras tanto alzado: en los primeros, cuatro duros por acto las comedias y seis las zarzuelas; en los segundos, cincuenta y ochenta reales respectivamente. También estos derechos se doblan la noche del estreno y las dos siguientes. Aquí aumentan las exigencias del editor, por aquello de «á perro fiaco todas son pulgas», y de lo que cobra en los teatros de segundo orden percibe el cinco por ciento, y el diez de lo que satisfacen los de tercer orden, cafés y sociedades de aficionados.

Vamos ahora á las provincias, cuyos teatros pagan también alzado, según una

clasificación que los mismos editores han hecho. De lo que las obras producen fuera de Madrid, bien que dentro de la Península, se guarda el editor el veinte por ciento.

Al llegar aquí es casi seguro que el curioso interrumpirá al autor con otra pregunta:—¿Y cómo sabe Vd. en qué pueblos se representan sus obras?

—Hasta ahora no lo he sabido de ninguna manera.

—¿Y tenía Vd. que descansar en la buena fe del editor?

—Sí, señor del editor, que á su vez descansaba en la de su corresponsal.

—Pues alguna representación le distraerían á Vd. uno ú otro.

El interpelado se encoge de hombros, y al buen entendedor con medio encogimiento le basta.

Después dice:—De aquí en adelante, y gracias á Montero Ríos, nuestra situación en este punto ha mejorado bastante: ahora publicará la *Gaceta* al fin de cada trimestre los títulos de las obras que durante él se han representado en todos los teatros de España.

—¡Ah, vamos!

—Y con tal que los gobernadores y los alcaldes cuiden ese servicio...

—No sé qué decirle á usted, porque como no tiene nada que ver con las elecciones.

—¡Alto! No nos metamos en honduras y volvamos á nuestro asunto.

—Y de lo que producen las obras en Cuba y Puerto-Rico, ¿cuánto cobra el editor?

—El 10 por 100.

—¡Caracoles! ¿Y de las de Filipinas?

—¡Nada!

—¿Eh?

—O todo.

—¿Cómo es eso?

—De los derechos de Filipinas no creo que haya autor que pueda ufanarse de haber recibido cinco duros.

—¿Qué lástima! En cambio de la América española, que apenas tiene autores, y cuyos teatros se alimentan con nuestro repertorio, ¿les enviarán á ustedes mucho dinero?

—Ni un céntimo, porque nuestro Gobierno no ha celebrado tratados de propiedad literaria con ninguna República americana.

—¿Qué descuido!

Y si no hacen á Echegaray ministro de Estado, que no se lo harán, aunque tampoco él querría serlo, me parece que no se celebrarán nunca.

—De suerte que puede decirse que el editor no es otra cosa que un cobrador de los autores.

—Y un prestamista.

—¡Ah!

—¡Y eso es lo grave, y por ahí es por donde coge y domina á su clientela! Hay muy pocos autores que no deban dinero al editor.

—¡Ah! Pues esos adelantos tienen que agradecerse los.

—Sí, señor, porque como presta con garantía—los productos de las obras, ó las obras mismas,—cobra un interés módico.

—¿De cuánto?

—De 12 por 100.

—¡Cáspita!

—Pero hay que ver que capitaliza cada tres meses.

—¡Demonio!

—Y se da el caso de que un autor pague 12 por 100 al editor por disponer de su propio dinero...

—A ver, á ver, ¿cómo se explica ese embolismo?

—Muy sencillamente. Figurémonos el primer trimestre del año: las obras de un autor cualquiera, de X, llamémosle así, han producido durante el mes de Enero seis mil reales, que el editor tiene ya en su caja. Pues bien: supongamos que X tiene un apuro á principios de Marzo, y que necesita, por ejemplo, mil pesetas; como el editor no paga el trimestre hasta fin de Abril, porque todo este mes le necesita para echar sus cuentas, X se ve en la precisión de pedirle prestado á la referida cantidad, que, en rigor, es ya suya, y por la que paga, no obstante, los intereses fijados...

—Pues es verdad.

—De todas suertes, y como si no han producido las obras del autor que pide prestado, han producido las de los otros, siempre resulta que los autores se prestan unos á otros por medio de un intermediario, que es el que cobra los intereses del dinero ajeno.

—¿Y no podrían ustedes prescindir de ese intermediario tan costoso?

—Sí, señor, podríamos.

—Yo creo que asociándose...

—Es verdad; pero eso es lo único que la

Providencia ha vedado á los autores: el asociarse.

—¿Por qué?

—¡Qué se yo! Pero puedo asegurar que dos autores solamente se reúnen... para hablar mal de un tercero.

S. DE TRASMIERA.

LA PLAZUELA.

CUADRO DE COSTUMBRES.

No voy á ocuparme de las malas. Hay quien asegura que las costumbres están ya en cuadro, sin necesidad de que nadie las ponga en ídem.

Sin embargo, esto no pasa de ser una mera apreciación de los que juzgan á los demás por *sigo mismos*, ó por sus mamás políticas cuando menos.

Un amigo mío, estanquero del reino, no acaba de persuadirse que el llamar guapas á todas las mujeres, menos á la que á la sazón posee, constituya una falta punible ante los tribunales caseros.

En cambio á su señora no hay fuerzas humanas que la saquen de la cabeza la idea de que su esposo es un sinvergüenza.

El dar cuatro paseos por la Plazuela antes de irnos á la cama, ha llegado á constituirse en una verdadera necesidad.

Y por cierto que yo no dudo en calificar de buena la tal costumbre, salvo la *relente* y demás.

—Abrigate, Lucas, decía la otra noche á su marido una esposa reciente y cuidadosa; no sea que vayas á coger alguna...

—¿Alguna qué?

—¿Alguna enfermedad, hombre!

—¿Te parece que soy tan tonto que voy á coger esas cosas, aunque las encuentre?

—No, ya sé que prefieres coger otras.

—¡Ya empezamos, Eustaquia!...

—Bueno, no cojas nada, y en paz.

Los que figuramos aún en el estado *imperfecto* podemos dedicarnos sin trabas ni cuidados á observar á los demás, disfrutando de todos los atractivos del nocturno paseo.

¿Cuántos inocentes esparcimientos disfrutamos allí las almas abiertas de por suyo á los goceos sencillos y delicados!

Temperatura deliciosa, música buena, regular asiento y excelente compañía, son elementos más que suficientes para recompensar á cualquier mortal de los trabajos y sinsabores de un día de afanosos desvelos.

Los días, ó las noches de fiesta, mejor dicho, la Plazuela está de verdad *atraente*, según diría el ya artísticamente finado *monsieur Gatti*.

Aquello es un verdadero campo de *bramante*.

Nada más animado ni más curioso que esa variedad en las gentes, en los grupos, en las conversaciones.

Los enamorados, especialmente, sacaban todo el cuerpo de mal año.

Arrinconaditos en quince céntimos de banco, es decir, en asiento y medio mancomunadamente, dejaban caer en sus respectivos y vírgenes oídos diálogos de esta ó parecida naturaleza.

—¿Me quieres?

—Te quiero.

—Pues dame un dedo.

—¿Me amas?

—Te amo.

—Pues dame la mano.

—¿Me adoras?

—Te adoro, bien mío.

—(¿Que viene tu tío!)

Y no es de extrañar que el desenlace de tales escenas le encontremos al poco tiempo en alguno de los *Sábados* de mi plácido amigo y compañero de martirio *Casa-Ajena*, el cual termina su crónica semanal con *daque* noticia que hace suspirar á muchas de sus lectoras.

Verbi gratia:
«A las ocho de la mañana del día de ayer, y en la iglesia de Santa Lucía, se ha comido la boda del joven y ya distinguido comerciante en géneros coloniales D. Canuto Almidón con la festejada señorita doña Angustias, procedente de la acreditada casa de los señores Duro y Compañía, Muelle, 97, 2.º derecha.»

Una vez celebrada la ceremonia religiosa, la feliz pareja salió en el coche de Colindres, donde el padre del novio posee una casa de campo, con solar cerrado sobre sí mismo.

A la hora de cerrar esta edición los novios no han sido habidos.»

En las alamedas, ó paseos laterales, los actores suelen ser distintos, y las escenas re-

sultan, por lo tanto, de índole diferente.

—Oiga, buen hombre, arregle donde pisa, que denguna semos bandurrias.

—¡El demontres de los señoritos!

—Le digo que no jumpie.

—Chica, la culpa se la tiene una por hablar tan siquiera con quien no nos pertenece.

—No hagas caso de gente sin de la educación.

—Adiós, marquesas.

La orden de que todo ciudadano camine en la misma dirección, suele dar lugar con mucha frecuencia á escenas lamentables.

Uno, al parecer padre, discutía no há muchas noches con un agente de la autoridad.

El buen señor estaba, según él decía, paseando tranquilamente con su hija.

En esto, se forma un remolino producido por la aglomeración de gentes que se paran á oír más á su gusto *Las ferias de Santander*.

La niña se pierde de vista.

Su autor (el de la niña, no el de las ferias) la busca inútilmente.

Una voz interna, la de padre sin duda, le dice que, paseando en dirección contraria á los demás, hallará al objeto de sus afanes.

Al poner en acción su proyecto, la autoridad de gorra, ó con gorra, se interpone en su camino.

—Caballero, dése Vd. la vuelta.

—¿Estoy sucio por detrás? Muchas gracias.

—Le digo á Vd. que no se puede andar así.

—Cada uno anda como Dios y sus callos se lo permiten.

—Desisto en que se pare Vd., dice el del orden cogiendo por un brazo al padre de la criatura.

—Pero, hombre, si voy á buscar á mi hija.

—Pues no es posible.

—¿Que no es posible buscarla?

—No, señor, lo que no es posible es el pasear en el *sentido* en que Vd. lo hace.

—Pero, por Dios, guardia, piense Vd. que...

—En cuestiones del servicio no pensamos jamás.

—Lo creo. Pero ¿dónde está mi niña?

—Iría, como todas, en dirección al Oeste.

—¿En dirección á quién?

—A nadie, hombre, á nadie; quiero decir que andará en la misma *circunferencia* que el resto del vecindario.

—¿Usted me responde de que ando á derechas?

—Justamente.

—Eso me tranquiliza. ¡Dios mío, para qué habrá un nacido padre!...

La cuestión de las sillas no es de las que menos predisponen al brote de serios disgustos en el seno individual y colectivo de las familias.

Un sujeto que lucha con los callos, como otros luchan con la móvil rueda de la fortuna, busca inútilmente un pedazo de tabla en forma de asiento al que poderse agarrar en el naufragio de sus dolores.

Por fin alcanza á ver una silla desocupada.

—¡Eureka! exclama en alta voz nuestro hombre sin poder contener su entusiasmo.

Una chica incolora vuelve la cabeza creyendo que la llaman.

Lo hace siempre, por un *por si es caso*, según ella dice.

Pero volvamos á la silla.

Una señora, si no gruesa, al menos en sus *carnes*, que ocupa el asiento que está inmediatamente detrás de la silla que pretende ocupar el sujeto en cuestión, tiene apoyados en uno de sus travesaños dos de sus pies naturales ó forzados.

Este lo nota y se acerca sombrero en mano.

—A los pies de Vd., señora.

—Beso á Vd. la suya.

—¿La cuál?

—La mano, caballero.

—¿Me permite Vd. sentarme, si es que no la molesto?

—Pues no, señor, porque esta silla está *tomada*.

—Será de la humedad; no importa.

—Está Vd. en un error, porque es que la necesito yo.

—¿Y se puede saber para qué? exclama nuestro hombre, con los ojos y los callos ya como canicas de cristal.

—¿Me gusta la pregunta! Pues para lo que sirven las sillas: para sentarse en ellas. ¿No sabía Vd. esto á sus años?

—Lo que yo tengo es un marido que le haría á Vd. entrar en razón, si estuviese aquí.

—Que me le suelten.

—Insolente, no falte Vd. á mi inocencia.

—Usted sí que le debe sobrar, señora.

—Deslenguado!

—¡Gorda!!!

—¡Socorro!

—¡Guardia!

—¡Al asesino!...

Aparte de estos ligeros contratiempos, puede asegurarse que la mayor parte de los aficionados á la Plazuela no desperdician las horas que dura el paseo.

—¡Algo sé pesca! me dice todas las noches una señora en conserva, siempre que me ve complicado en algún negocio más ó menos productivo.

Y, en efecto, hace algunas noches *pesqué* un conato de pulmonía que de poco libra de mi

enojosa presencia literaria y personal á los lectores de EL ATLÁNTICO.

Peró yo perdono á la Plazuela esta mala partida, en gracia siquiera á los buenos ratos que me ha hecho pasar este verano.

Además que yo tengo un especial cariño á este paseo.

¡Allí, á la derecha del templete, conocí á aquella!

CERILLA.

EL TESTAMENTO DE MLE. PENHOEL.

(CUENTO BRETÓN.)

Mlle. de Penhoel era una solterona rica, buena y espiritual. Las riquezas proporcionan á quien las posee una existencia fácil y agradable; la bondad es el mejor guía para atravesar la vida; el espíritu acostumbrado á la virtud es una luz que brilla é ilumina.

Nuestra heroína estaba felizmente dotada. Vivía en Quimper-Corentin, ó, por mejor decir, allí reinaba.

Tenia tanto prestigio en su ciudad natal como la reina Pomaré en su isla; su hotel era un palacio, su estrado una sala de audiencia, y su gran sillón de encina esculpida, un trono que ninguna revolución podía derrocar. Lo que ella aprobaba era aprobado por todos; lo que ella condenaba era condenado sin apelación; pero sus fallos raramente pecaban de severos; calmaba los resentimientos, reconciliaba á los enemigos, casaba á las solteras y daba á los jóvenes prudentes consejos, con tanta franqueza y con tan buen humor, que los escuchaban siempre y los seguían algunas veces.

Era de ilustre y alto abolengo, y su casa no lo desmentía. Mlle. de Penhoel parecía, en medio de sus vastos y espléndidos salones, una castellana del siglo pasado. Tenía esa cortesía exquisita que nos ha transmitido la tradición; no se reservaba otro derecho que el de hacer el bien; aceptaba con dignidad los homenajes, sin reclamarlos jamás. Admirablemente hermosa en sus juveniles años, el tiempo había respetado la dulce y pura armonía de sus facciones. Sus ojos negros, vivos y penetrantes, eran aún hermosos.

Llevaba empolvado el cabello, y siempre vestía ricas y oscuras telas; sus vestidos no eran de última moda, ni tampoco de muy antigua usanza; no podía precisarse la época á que pertenecían. Írlele adecuados, y con tal armonía en todas sus partes, que parecía que habían crecido con ella.

Hé aquí un retrato bien detallado, y, sin embargo, el lector no puede formarse una idea exacta del encanto infinito que reinaba al rededor de esta venerable solterona.

Nadie podía explicarse, al verla, cómo se había quedado soltera, cómo los hombres de su tiempo no la habían pretendido. La verdad es que setenta años antes Mlle. Penhoel, á quien entonces llamaban la hermosa Juana, hubiera podido escoger en toda la Bretaña el marido que más le gustara. No escogió á nadie, y su indiferencia hacia todos era un secreto entre ella y Dios. Un pariente suyo había llegado hasta ella; era pobre y llevaba un nombre oscuro. Un día le dijo:

—Osa amo, Susana; no os puedo ofrecer otra cosa que mi amor; pero parto y vendré cubierto de gloria y digno de vos.

Partió y no volvió; la gloria, que había jurado conquistar, le costó la vida.

Mlle. de Penhoel no lloró, rezó. Ni una queja murmuraron sus labios; pero hizo voto de guardar la memoria de aquel que tanto la había amado.

Vió morir en torno suyo á sus parientes, sus amigos, sus compañeros; ya no tenía contemporáneos; quedaba sola, en pie, rodeada de tumbas y recuerdos. Su talle no se encorvaba, su andar era elegante aún y mesurado, claro su entendimiento. Nuestra heroína no envejecía: avanzaba hacia la eternidad con paso firme, erguida la frente.

Tenia multitud de herederos, y su capital, repartido entre todos aquellos que contaban con derechos que hacer valor, aún constituía una buena fortuna para cada uno; pero cada rama de su familia esperaba ser mejorada y obtener la mejor parte, si no la totalidad. Eran de ver la solicitud de los primos y sobrinos de Mlle. Se Penhoel y los halagos y demostraciones de ternura que se le dedicaban.

Ella correspondía á estos agasajos con una gracia encantadora, como si en realidad estuviera verdaderamente infatuada con estas interesadas amistades: tal arte se daba para aparentar que las había como moneda corriente. Devolvía las atenciones que le prodigaban; ofrecía á todos sus parientes generosa hospitalidad en su castillo de Penhoel, y en el invierno brindaba á las jóvenes á bailar en sus salones de Quimper. El día de

Año-nuevo sus blancas manecitas, arrugadas y flacas, pero siempre final y cuidadas, distribuían presentes acomodados al gusto y hábitos de aquellos que los recibían. Todo en su casa parecía dictado por el corazón; jamás le faltaba una palabra afectuosa y una sonrisa halagadora para todo aquel que á ella se acercaba; de suerte que cada cual podía imaginarse que merecía su predilección.

Preciso es dar ahora á conocer á los herederos de Mlle. de Penhoel, para en seguida juzgar por nosotros mismos lo que hubiéramos hecho en su lugar.

Por un lado la rama de los Kermavan: tres hermanos que vinieron al mundo sin fortuna. El mayor había hecho un casamiento rico y ventajoso. El segundo se lanzó á los mares, y, dedicándose al comercio en lejanos países, había acaparado grandes riquezas. El tercero se hizo soldado y conquistó su charretera batiéndose heroicamente bajo los abrasadores rayos del sol africano. Estaba pocas veces en Bretaña, siendo, por consiguiente, á quien se suponía más borrado de la memoria de Mlle. de Penhoel.

Venía en seguida la rama de los Saint-Phar. La señora de Saint-Phar tenía dos hijas casaderas, y codiciaba con apasionado ardor las hermosas posesiones de su rica parienta.

El barón de Villeblanche personificaba él solo todo su linaje. Era éste un alegre caballero que apreciaba todas las cosas de la vida, excepto las que eran buenas. Gastador incorregible, disipaba su existencia á la vez que su fortuna.

La dinastía de los Kerdaniel circundaba á Mlle. de Penhoel con una atmósfera de encantadora ternura. Las señoras de Kerdaniel, bordábanle los pañuelos, le ofrecían grotescos dibujos... copiados de grandes muestras de Quimper-Corentin, y se arrastraban en torno suyo con una gracia verdaderamente felina. Los jóvenes de Kerdaniel obsequiaban á su bondadosa pariente con liebres, perdices y corzos. El día de su santo acudían, según el uso antiguo, á depositar á sus pies ramos y flores; descerrajaban tiros frente á sus ventanas, infestando la atmósfera con el olor de la pólvora y cubriendo el suelo de tacos quemados é inofensivos cartuchos. Seguramente no hubieran hecho tanto ruido si hubiesen podido adivinar que no todo ello era otra cosa que gastar pólvora en salvas.

No se conocían otros herederos á la señora de Penhoel; mas ya debe comprender el lector que son bastantes: tres Kermoivan, tres Saint-Phar, un Villeblanche y siete Kerdaniel; total: catorce aves de rapiña que aguardaban, más ó menos impacientes, el día y la hora en que debían lanzarse á devorar su presa.

Hubo en algún tiempo otra rama que podía legítimamente pretender su parte en la herencia; pero había desaparecido, envuelto su destino en una triste nube. Juan de Prezel desapareció de Bretaña abandonando á sus acreedores todo cuanto poseía, y sus bienes fueron suficientes para pagar sus deudas. Partió con su joven esposa, víctima de sus desórdenes, y un niño de corta edad. Desde entonces jamás se oyó hablar de él.

Mlle. de Penhoel amaba el recuerdo de este primo y la preocupaba mucho; se la veía á veces más grave que de ordinario; pero, como siempre, guardaba silencio acerca de sus preocupaciones. No toleraba ninguna pregunta indiscreta sobre este punto; sabía tener á raya á los curiosos, sin dejar por esto de ser afable; cualidad tan rara como necesaria á aquéllos; y sobre todo á aquellos que, como la de Penhoel, habitan en una capital de provincia. Siempre es conveniente trazar una línea divisoria, un límite á la confianza, que jamás deben traspasar los amigos.

Mlle. de Penhoel había protegido á una niña cuya presencia causó á sus herederos serias inquietudes, inquietudes que cesaron cuando aquéllos vieron que la suerte de la niña no cambiaba de naturaleza á medida que iba haciéndose mayor, pues su protectora le concedía sus beneficios sin que la huérfana pareciera ocupar ningún lugar en su corazón. María Trole apenas contaba dos años cuando fué recogida por la de Penhoel, quien desde luégo la confió á una vieja institutriz y no permitía que apareciera nunca en el estrado de su bienhechora. A la edad de siete años la puso en un colegio, del cual salió á los dieciséis para ir á Penhoel y á Quimper á llenar un vacío cerca de su protectora. Dotada de inteligencia, energía y dulzura, no se hacía ilusiones acerca de su posición; sabía que la suerte la había colocado en una situación muy inferior á la de aquellas gen-

tes en medio de las cuales había vivido.

La señorita de Penhoel hizo darle la educación más completa. María poseía la música, hablaba inglés, su estilo era elegante y bailaba con gracia. ¿De qué podía servir todo esto á una pobre joven sin familia, sin fortuna y sin nombre? La de Penhoel podía cambiar su destino, crearle un porvenir; mas por este lado ninguna esperanza se vislumbraba para María, pues su protectora le decía á menudo:

—Hija mía, no dejes de cultivar tu talento; él es tu dote, tu patrimonio; cuando yo no exista, podrás proporcionarte una plaza de institutriz y ganarte honradamente la vida.

María aceptaba su suerte con resignación; estaba tranquila y confiaba en su estrella; esperaba que Dios la protegería siempre como la había protegido desde su infancia; no quería leer en el libro del destino.

Era hermosa lo suficiente para hacerse envidiar por las hermosas. Tenía grandes ojos aterciopelados y profundos, admirables cabellos negros, una boca fina y sonriente, cutis de una frescura encantadora, talle esbelta, siendo además la personificación de la salud y de la juventud.

Amaba á su protectora, y, sin embargo, jamás las manifestaciones de su cariño traspasaban los límites del más acendrado respeto.

Cuando Mlle. de Penhoel salía á pie, se apoyaba en el brazo de María; cuando paseaba en coche, la joven iba á su lado.

También había otro servidor á quien no abandonaba nunca; era éste un antiguo criado nacido en su casa y de toda su confianza. La figura de José asemejábase á la de un mono; pero su natural sumiso y fiel era el de un perro. Hablaba á su señora con una respetuosa franqueza que le hubiera abierto los ojos respecto á sus herederos, si ya no los tuviera bien abiertos.

Hacia cuatro años que María había salido del convento; no causaba serias inquietudes á los herederos; pero, con todo, éstos no la miraban con buenos ojos. En Quimper era muy querida y hasta admirada, pues su extraordinaria belleza atraía las miradas mientras la encantadora dulzura de su carácter cautivaba los corazones.

—¿Quieres casarte, hija mía? le dijo una vez la señorita de Penhoel.

—¡Casarme yo! respondió María, ¿y quién querría ser mi esposo?

—Mr. de Ramfray me ha pedido tu mano.

—¡Mr. de Ramfray! exclamó María; tiene lo menos sesenta años.

Y su figura tomó una expresión de terror tan cómica, que su interlocutora no pudo menos de reirse.

—No te casaremos á la fuerza: tranquilízate; pero reflexiona que Mr. de Ramfray es rico, muy rico; que tú serás baronesa, y que en lugar de obedecer á todos mis caprichos, tendrás criados á tus órdenes.

—Sí, señora; pero tendré á Mr. de Ramfray por marido.

—Hé aquí una reflexión no muy lisonjera para él.

—Permitidme, señora, que os diga lo que pienso: por de pronto seré dichosa á vuestro lado, mientras os dignéis conservarme en vuestra casa; no deseo otra cosa.

—Yo he de tenerle á mi lado mientras esté sobre la tierra; pero he cumplido noventa y cinco años, y las horas que me restan son muy contadas.

María se dejó caer á los pies de la señorita de Penhoel, y posó sus labios en la mano que apretaba entre las suyas; dos lágrimas silenciosas se desprendieron de sus ojos.

—No ignoro que he venido á este mundo bastantes años después que vos; debo, por consiguiente, sobreviviros; pienso en ello lo menos posible, porque aquel día no me quedará ni un amigo sobre la tierra; pero mi porvenir no me inquieta; me serviré de los conocimientos que me habéis proporcionado. Me siento capaz, con la ayuda de Dios, de crearle una posición honrosa, que sólo deberé á vuestra bondad.

Mlle. de Penhoel estaba conmovida; no obstante, respondió:

—Mr. de Ramfray, querida hija mía, es más viejo de lo que tú piensas; tiene los dientes postizos, teñidos el pelo y el bigote, pintado el rostro con cosméticos, polvo y albayalde. De cuando en cuando dice que le pisan un pie sus caballos, y se encierra en su cuarto por no que confesar tiene gota; en una palabra, hija mía, yo le he visto nacer: tiene setenta años.

—¡Ay! Dios mío, si dudase de mi determinación, el cuadro que acabáis de delinear acabaría de decidirme.

—Eso depende del punto de vista bajo el cual se examina la cuestión.

(Se continuará.)

CONDICIONES HIGIÉNICAS DE SANTANDER EN RELACION CON LAS ENFERMEDADES PESTILENCIALES, POR EL DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUGÍA JUAN JOSÉ ZORRILLA.

(Continuación.)

III ENFERMEDADES PARASTARIAIS.

Innumerables son las enfermedades parasitarias engendradas y sostenidas por las malas condiciones higiénicas de los pueblos y habitaciones, y sería interminable citarlas todas, razón por la que hemos de limitarnos á mencionar tan solo las más principales de ellas.

Fiebre Tifoidea.

Esta enfermedad, que tan propiamente pudiera llamarse «fiebre del aire emponzoñado», es una de las que más estragos hace en nuestros aglomerados é insalubres pueblos. Encuentra condiciones apropiadas para su evolución y desarrollo en las habitaciones sucias y mal ventiladas, y sobre todo, en aquellas en que con mayor facilidad penetran los gases de las letrinas, gases á los que hay que declarar guerra á muerte, guerra sin cuartel, si queremos vernos libres de males sin cuento, que, si no matan siempre, imprimen al organismo el sello del sufrimiento, incapacitándole para todo trabajo útil y convirtiéndole en elemento de consumo, en vez de fuerza productora; destino en este mundo, ya que no fin exclusivo, de la vida que nos diecion.

Constantemente, y sobre todo en este siglo, se han practicado experimentos con el fin de probar los efectos del aire confinado sobre la salud de los pueblos. Hase procurado purificar el aire con desinfectantes y desodorizantes, pero la ciencia hoy, ha llegado al convencimiento pleno de la inutilidad ó insuficiencia de tales medios, y de que el mejor desinfectante, el único modo de prevenir los efectos del aire impuro, es no someterse á su acción, respirar aire puro y renovado; lo cual solo puede conseguirse modificando las condiciones de estructura de los pueblos, habitaciones y alcantarillas; madre estas últimas la más fecunda, ya que no la única, de los múltiples males que afligen á la humanidad. La fiebre tifoidea se trasmite por contagio directo unas veces, y las más, por intermedio de las materias fecales, sobre todo cuando estas se encuentran mezcladas con las evacuaciones de los tifoideos (jacoud.) El agua y la leche sirven de vehículo al virus tífico, constituido por un bacilo que Eberth ha encontrado en las glándulas abdominales, en la laringe, y en los pulmones, bajo la forma de bacterios, comprobados también por Bouchard en las orinas, y por Hanet en las maculas tíficas.

Si las materias fecales son las portadoras del contagio y estas pueden contaminar las aguas potables y demás artículos de consumo ¿cual no ha de ser nuestro cuidado si queremos vernos libres de sus perniciosos efectos?

Las estadísticas llevadas á cabo en los pueblos más celosos que los nuestros de la salud del hombre vienen á demostrar plenamente la verdad del anterior aserto, pues se han visto desaparecer ó por lo menos disminuir notablemente las fiebres tifoideas en muchas localidades en que antes reinaran endémicamente, lo cual no puede atribuirse á otra causa que al mejoramiento de las condiciones higiénicas de las localidades.

Fiebre remitente.

Es esta otra de las enfermedades más íntimamente ligada con el imperfecto saneamiento de la habitación humana. Es debida á un espirilo perfectamente definido que se encuentra en la sangre en el momento del acceso (Obermeyer.) Se asemeja al tífus, y aunque no tan mortífera, es más larga en su evolución, y si no cercena tantas vidas, disminuye en gran manera la producción, origina gastos, é impone sacrificios á las familias que más necesitan de sus propios recursos.

Fiebres eruptivas.

La viruela, la escarlatina, el sarampión y la erisipela pertenecen á la categoría de las enfermedades parasitarias que más directamente se relacionan con las malas condiciones higiénicas y la aglomeración en espacios reducidos. La viruela, transmisible por el aire y por inoculación, reconoce por causa un micrococcus cuadrigeminado (Klebs) que se acumula en las cavidades areolares del cuerpo mucoso de Malpighi (Babés).

La erisipela, en su forma infecciosa, es determinada por micrococcus aislados que se encuentran en los troncos y vasos linfáticos del dermis, no habiéndose podido probar aún su reproducción por inoculación.

No se conoce aún el microbio de la escarlatina y sarampión. Estas afecciones, como todas las que reconocen por causa un micro-organismo, son eminentemente contagiosas; se propagan de individuo á individuo por el aire y por los efectos contaminados.

Ahora bien; en pueblos aglomerados, en pueblos en que los individuos viven en contacto inmediato con objetos y sujetos contaminados, y en los que las autoridades miran siempre con indiferencia censurable cuanto se relaciona con los males contagiosos ¿qué de extrañar es que enfermedades como la viruela, el sarampión y la escarlatina, eminentemente contagiosas, causaran en Santander, en el corto periodo de seis meses,

619 defunciones la primera y 141 el sarampión? ¿Qué de extrañar que en pensó en procedimientos de desinfección y aislamiento de los padecimientos contagiosos, se cebaran las epidemias con el punto de sacrificar algunas al 22 % del total de la población? (1)

¿Qué de extrañar que aquí, que para nada nos ocupamos de la higiene de la escuela, víramos sucumbir á centenares los niños, estrangulados por la terrible secuencia del sarampión y la escarlatina?

La higiene es la vida de los pueblos, como es la vida de los individuos; y á la perfecta y armónica evolución de la vida deben sacrificar los pueblos sus elementos de fuerza más preciados. Nada de economías; nada de miserias. Nada de asuntos de higiene; estas miserias y estas economías que da bueno pueden conducir, si es que no se considera bueno la degeneración de la especie humana seriamente amenazada, dadas las malas condiciones en que la vida evoluciona en los grandes centros de población, que, si son centros de progreso, lo son también de degradación de la especie.

Tisis.

Este padecimiento, cuya naturaleza íntima, desconocida hasta hoy, parece haber demostrado Koch al reconocer en los esputos y detritus pulmonar de los tuberculosos un bacilo propio del mal, idea á la que se adhiere Germain Sée en su magnífica obra sobre la tisis bacilar, puede y debe asimilarse á las enfermedades virulentas, como lo hacen estos dos eminentes hombres de ciencia. Y es esto tan verosímil, es tan probable, que sólo así pueden explicarse ciertos hechos en relación con el mal; hechos de contagio ya presumidos, aunque no demostrados por los patólogos de los pasados tiempos. Las ideas populares, por otra parte, admitían sin vacilar la transmisibilidad de la tisis; y las ideas populares suelen preceder con mucho á los conceptos científicos perfectamente demostrados. Sea de esto lo que quiera, lo que no puede negarse, lo que es evidente de toda evidencia es que las malas condiciones higiénicas en que los individuos viven favorecen el desarrollo y preparan el terreno en que el mal ha de evolucionar ulteriormente.

Hermana de la escrófula la tisis, florece como aquella en las clases menos acomodadas, sin ser patrimonio exclusivo de ellas; que la higiene, por desgracia, tan desconocida es en la modesta ó miserable habitación del pobre como en la opulenta del poderoso.

El aire viciado ó infecto de la habitación no determinará la producción del tubérculo; pero preparará el terreno en el que ha de hacer su evolución progresiva y ejercer sus destructores efectos.

DIFTERIA.

La difteria, de una virulencia tan fatal, reconoce por causa, según Talamón, un micélio especial en forma de tubos tabicados, refringentes y de esporos conoides que han podido cultivarse é inyectar con éxito en pichones y gatos.

La difteria, como la escrófula y el tubérculo, y todas las demás enfermedades pestilentes, encuentra elementos de desarrollo en las naturalezas debilitadas. La facultad receptora de éstas para los virus, es extraordinaria, y los virus, aprovechándose de esta receptividad, destruyen vidas sin cuento, que en otras condiciones de higiene hubieran evolucionado convenientemente.

Además, la difteria, como toda enfermedad contagiosa, encuentra elementos abundosos para su propagación y desarrollo en los pueblos que viven aglomerados, habiéndose, en muchos casos, comprobado la existencia de focos diftéricos en edificios cuyas letrinas atarjeas y conductos de desagüe se encontraban en malas condiciones, permitiendo el desprendimiento de los gases de la alcantarilla, tan nocivos á la salud pública. La humedad de la habitación puede favorecer grandemente la reproducción de los gérmenes diftéricos.

CÓLERA.

El cólera, enfermedad la más temida, aunque no la más mortífera, al propagarse por gérmenes, y estar la fecundidad de éstos en razón directa de las malas condiciones higiénicas en que viven los pueblos; el cólera, que, además de esto, elige como víctimas las personas agoviadas por la miseria, y debilitadas por padecimientos anteriores; el cólera, cuyo solo nombre aterra y espanta á la miseria humana; el cólera, como toda enfermedad virulenta y pestilencial, encuentra elementos valiosos para su desarrollo en los pueblos malsanos, y en los que la higiene ha sido desconocida. De esta triste verdad son testimonio varios pueblos sin número, en los que se cebaron despiadadas anteriores epidemias cólicas, causando una mortalidad de 20 á 24 % del número total de habitantes de un pueblo, mortalidad que descendió al 8 y 5 % en epidemias posteriores, en las que las condiciones higiénicas se encontraron ventajosamente modificadas. Buen ejemplo de esto tenemos en Santander mismo, que en 1865 pagó al cólera un tributo de 22 %, sobre el total de sus habitantes; y en el que acabamos de pasar, sólo contribuye con un 4,50 % de beneficio que sólo puede atribuirse al abastecimiento de aguas realizado, y que tan ventajosamente modifica sus condiciones higiénicas.

(Se continuará.)

(1) Epidemia cólica del 65.